

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

TODA LA LUZ, TODA LA SANGRE

(Antología 1948-2017)

Edición de Selena Millares

VISOR LIBROS

ÍNDICE

Prólogo	9
---------------	---

DEL PRINCIPIO (1948-1949)

Mi flechavoz	19
Llama	21

ELEGÍA COMO UN HIMNO (A Rubén Martínez Villena) (1950)

<i>Escribía paabras para el agua</i>	25
--	----

PATRIAS (1949-1951)

Canción	29
De clara música	31
Este rumor	33
Garcilaso	34
San Juan de la Cruz	36
José Martí	38
Digo tu nombre claro	40

Todavía, vida	42
Esta tarde y su lluvia	43
Palacio cotidiano	44
Dulce y compacta tierra, Isla	46
Décimas por un tomeguín	49
<i>Canto</i>	49
<i>Vuelo</i>	49

ALABANZAS, CONVERSACIONES (1951-1955)

La realidad	53
Bienaventuranza del idioma	54
Palabra de mi pueblo	55
Uno escribe un poema	56
Hacia el anochecer	57
Los oficios	58
<i>El zapatero</i>	58
<i>El ladrón</i>	59
<i>El mendigo</i>	59
<i>El maestro</i>	60
<i>El vendedor de periódicos</i>	61
A la candela	63

AQUELLAS POESÍAS (1955-1958)

En el mar, Ítaca	67
Epidauros	68
Abandonar París	69

La adoración de los reyes	70
Tumba para Antonio Machado	71
<i>Los que se casan con trajes alquilados</i>	73

SÍ A LA REVOLUCIÓN (1958-1962)

La poesía, la piadosa	77
La isla recuperada	79
El otro (Enero 1ro., 1959)	80
Última estación de las ruinas	81
Súplica del ciego	83
Adiós a La Habana	85
Mi miliciana	88
Con las mismas manos	89
Carta a Fayad Jamís	91
Carta a Roque Dalton	94
A quien pueda interesar	96
Epitafio de un invasor	101
A mis hijas	102
Patria	103

CORTESÍA, COMO REYES (1953-1965)

Josefa García	107
Visitaciones cubanas	109
Dísticos sobre aluminio	111
Lezama persona	112

BUENA SUERTE VIVIENDO (1962-1965)

El fuego junto al mar	117
Homenaje al olvido	121
Historia antigua	123
Felices los normales	124
Oyendo un disco de Benny Moré	126
Un hombre y una mujer	128
España otra vez, siempre	129
Filin	131
Testamento	132
Sonata para pasar esos días y piano	134
Biografía	137
Niñas y niños, muchachas y muchachos	138
Aquel día	139
El privilegio de mirar morir	140
Los feos	141
En el fondo de ese pomo de tinta	142
Para el amor	143
Me consuela	144
Le preguntaron por los persas	145
<i>In memoriam</i> Ezequiel Martínez Estrada	148
Usted tenía razón, Tallet: somos hombres de transición	150

QUE VEREMOS ARDER (1966-1969)

<i>Deber y derecho de escribir sobre todo</i>	157
Querría ser	158

Cuerpo que no está claro	159
Que	161
Como a ellos	162
Pero	163
<i>La fille de Minos et de Pasiphäe</i>	164
Idiomas, velámenes, espumas	165
Madrigal	166
La otra	167
Hoy eres menos	168
Gracias, gracias, Jardín Zoológico, por renovar esta lección	169
Nota junto a la almohada	170
Desagravio a Federico	171
Thiago de Mello	175
Ante la belleza	176
Cristales	177
Que veremos arder	178
Están evacuando Hanoi	180
Regreso de la Isla	182
¿Por qué?	184

CUADERNO PARALELO (1970)

Esta noche de domingo en La Habana que es esta mañana de lunes en Vinh	186
Por qué volvéis a la memoria mía	188
El hombre	189
Ojos llenos de letras	190
Tenían una casa	191

CIRCUNSTANCIA DE POESÍA (1971-1974)

<i>Explico al lector por qué al cabo no concluí aquel poema sobre la Comuna</i>	194
Para la torcaza	201
Flor bajo la nieve	202
Tiempo de los amantes	203
Penúltima conversación	204
La despedida	205
Sorprendido, feliz, preocupado	207
Entre dos mujeres	209
Un quiero	210
A Nicolás	212
A la enamorada desconocida	213
Si quiere un tonto saber	215
Aniversario	216

JUANA Y OTROS POEMAS PERSONALES (1975-1979)

Juana	223
Aquiles	225
Paco	228
Saúl	230
Oído en una conversación (póstuma) con Ricardo (Wagner)	233
¿Y Fernández?	235
La gran belleza cubana	240
Cómo diré	241

Balada de los regalos	243
Carlos Fonseca habla de Rubén Darío	245

HACIA LA NUEVA (1980-1989)

A Cintio	249
A un traidor	253
Última carta a Julio Cortázar	256
Era la adolescencia. Era el comienzo	262
Nosotros, los sobrevivientes	264
Venecia: qué en ti busca	266
Payaso al descubierto	271
La nueva	273
Desagravio	275
A mi amada	277

AQUÍ (1990-1999)

Está	281
El primer otoño de sus ojos	282
Por primera vez	283
Mi hija mayor va a Buenos Aires	284
Aquí	297
Duerme, sueña, haz	298
La veo encanecer	300
Allan escribe a Liu que está en Cuba	304
Con Haroldo Conti para que como Haydee nunca se muera	308

Trébol para Raúl Hernández Novás	312
Las cosas que tú amabas	315
Allá lejos	316
Página arrancada del diario de	317
Siempre me gusta vivir. Ya lo decía	319
Una salva de porvenir	321
Victoria	323
Solo tú, Nancy Morejón	325
Alguien me pidió una rosa de Rilke	327
Agradeciendo el regalo de una pluma de faisán	328
Otro poema conjetural	329
De cuya mágica belleza	332

VERSOS NO RECOGIDOS
EN LIBRO INDEPENDIENTE

Mack the Knife	335
Necesaria, constante	337
Escribir en tinieblas	338

POETA Y LUMBRE:
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Recordaba Unamuno, en torno a la condición del hecho literario, la distinción de los místicos medievales entre *lux* y *lumen*: luz y lumbre. La luz ilumina, pero se limita a sí misma; en cambio la lumbre, esa luz desprendida del fuego, ilumina y además comunica: guarece el alma. Bajo ese signo del fuego y su lumbre se habrá de situar toda la poética de Roberto Fernández Retamar (La Habana, 1930), desde el temprano título *Elegía como un himno*, de 1950, hasta las entregas más recientes, en un itinerario de casi siete décadas de poesía cuya intensa temperatura estética y dimensión universal le otorgan la naturaleza de un clásico.

Esa trayectoria creadora coexiste con una fecunda conciencia crítica, proyectada en ensayos ya indispensables a la hora de abordar las letras hispánicas y la teoría literaria —en un espectro que va, por ejemplo, del modernismo y el 98 a la leyenda negra, pasando por su lectura anticolonial del Caliban de Shakespeare—, e incorporan a su autor a la estirpe de los grandes pensadores de nuestra literatura, en la línea de Martí y Unamuno, Reyes y Mariátegui, Carpentier y Paz. Y a toda esa actividad se suma además una ferviente labor por la cultura, primero desde las tareas universitarias —en La Habana, Yale, Columbia— y el

impulso de publicaciones como *Nueva Revista Cubana* o *Unión*, y después al frente de la Casa de las Américas —y su mítica revista—, que lleva décadas empeñada en acoger y difundir lo más valioso de la literatura latinoamericana.

La poesía de Fernández Retamar se forja al calor de un hondo conocimiento de la tradición, y en la proximidad del grupo Orígenes. Su inicial clasicismo se proyecta en versos vibrantes cuyo rigor convive con una transparencia que le es inherente, y con una musicalidad que se mantiene después en esa deriva conversacional que desde una fiebre comunicante y dialógica hace a la poesía regresar a las calles a partir de los años sesenta. Su venero poético fluye siempre con una naturalidad esquiva al lugar común y su belleza cansada; fluye como el aire y el sueño, sin artificios ni imposturas y, ya en sus últimas entregas, evoluciona hacia una suerte de «prosa rota» o verso desencadenado, a menudo con una narratividad de vocación memorialística, y se puebla de voces y recuerdos, de homenajes y elegías a los ausentes, en plena coherencia con todo su quehacer. Un quehacer jalonado por poemas ya inolvidables, como «Felices los normales», «Juana», «Con las mismas manos», «¿Y Fernández?» o «Que veremos arder».

Toda esa producción poética gravita en torno al eje de la memoria, y hace de la escritura un acto de exorcismo contra la muerte, una apuesta por la esperanza. La áspera tensión entre ambas certezas se traduce en la melancolía que define su verso, y encarna en la constante antes mencionada: el fuego. Bajo su signo todo crepita y es llama y luz: arden los astros y las palabras, arden el amor y las fechas del calendario, es lumbre la amistad, y la poesía

es llama líquida, sangre y lágrima quemantes resueltas en canto, «rastros de llamas» y «única inmortalidad posible». Como Vallejo, es Retamar poeta de la ternura y de la muerte, en combate obstinado por la vida y su luz, y aunque «al cabo La Sin Ojos puede más y nos arrastra hueco abajo», ha de quedar esa brasa para siempre encendida, la de la palabra, la de la amistad, la del amor, que es «el alimento de los insensatos y la lumbre de los que ha cegado». Al poeta corresponde labrar para construir memoria desde las cenizas, para recordar las voces de los ya idos, y ya muy tempranamente destacó Cintio Vitier esos homenajes que «solo una ternura como la suya podría sustentar», y también su don para hallar en la realidad inmediata «la ardiente vida indescifrable».

A ese mismo fuego corresponde la vocación ascensional de ese corazón a la intemperie que habita sus versos. Su verticalidad toma cuerpo a menudo en emblemas como las flechas —figuración del anhelo enardecido como el rayo del sol— o las espadas, lanzadas como sueños o preguntas hacia el firmamento, hacia la esperanza; se integra Retamar con ellos en la estirpe de poetas soldados y amantes que antes fueran Garcilaso —su voz es «espada blanca entre la oscura /noche del hierro»—, o Martí —«un galope de herrada candela te recorre»—, o Miguel Hernández. Es así el poeta el que levanta su «espada iluminada» frente al odio; es el que construye, a golpe de palabra, amor y fervor, la «salva del porvenir».

Poeta de la emoción desnuda, y del amor en todas sus vertientes, Retamar vuelca en sus versos su profesión de humanismo, y es deslumbrante su insólito don de conjugar